

estando so el agua, é esto hácia él con la virtud de Dios. Los cristianos pensaron que era muerto, é habían gran pesar por él, é sobre todos el duque Gudufre, cuyo vasallo era, que estaba diciendo á grandes voces que aquel que gelo sacase, muerto ó vivo, que le daría gran dinero; é por esta razon entraron ya en el agua mas de cien hombres, que le andaban buscando é revolviéndose en ella mucho á menudo, hasta que dos dellos le fallaron do se había ya desarmado, é pugnaba de salirse á la orilla cuanto podía, é trabaron dél é tiráronlo arriba, é sacáronle á la ribera del río, do estaban ayuntados los mas que había en la hueste, los cuales hobieron muy gran placer cuando lo vieron vivo, é preguntáronle cómo le fuera; é él contóles que sin dubda lo habían ya muerto de la herida que le dieran en la cabeza, mas que san Miguel, por mandado de Dios, le tornó el alma al cuerpo, é le diera esfuerzo é seso que se pudiese desarmar, é supiese contar á los cristianos la maravilla de Dios é su gran milagro. Mucho tovieron esto por gran milagro todos los que lo oyeron, é dieron gracias á nuestro Señor. E el obispo de Puy les comenzó á decir la gran merced que Dios hacía á los que en su servicio andaban, en librarlos de los peligros deste mundo, é darles despues de la muerte el otro, que no había de haber fin. E el duque Gudufre hizo levar á Rimbart á su tienda é curar muy bien dél, que era caballero que amaba él mucho, porque siempre le hallara leal é bien mandado; é dióle muy buenos cirujianos que curasen dél; así que, á pocos de días fué bien guárido.

CAPITULO LX.

Cómo en la pelea que hemos contado fué preso un sobrino del rey de Antioea, é cómo le prendieron los de Yugo Lomaines.

É aquel día que la batalla fué vencida é los moros encerrados, así como agora contamos, fué hí preso un almirante, sobrino del rey de Antioea, hijo de su hermana, que era el hombre del mundo que él mas amaba, salvo al hijo mayor; así que, cuando supo que le prendieran, tamaño fué el duelo que hizo por él como si uno de sus hijos viese muerto. Mas aquellos que lo prendieran eran de la compañía de don Yugo Lomaines, hermano del rey de Francia. E luego que le hobieron preso, trájéronlo á la su tienda muy mal llagado, de seis llagas mortales que le dieran allí do fuera preso defendiéndose de los cristianos, é malando é firiendo muchos dellos muy fieramente, como aquel que era buen caballero d'armas é muy preciado entre los moros de ser muy mañoso é bien acostumbrado; era grande hombre, é muy hermoso é muy apuesto; é don Yugo Lomaines hizo muy bien curar dél, é dióle maestros que le catasen las llagas; mas cuando las vieron, entendieron que non podría guarecer por ninguna manera, de que don Yugo hobo muy gran pesar, mayormente desde que supo que era sobrino del rey de Antioea, porque tenia que le daría muy gran haber por él, ó le faría tal pleito de la villa por que acabarían todo su fecho. Pero esto non lo osaba él mover, porque creía que los moros se le encarecerían, é esperaba que lo moverían ellos; é entre tanto acaesció así; que cayó en la hueste muy gran hambre por todos comunmente, de

manera que non sabian consejo que hiciesen. Esto les acaesció por muchas razones, ca ellos habían comido toda la vianda que tenían; así que, tan poco les quedara, que apenas se podían con ello mantener, é de otra parte non les traían ninguna cosa por mar; ca desde que rescibieron aquel desbarato cerca del puerto de San Simeon, todo el navío se fuera dende; é sin todo aquesto, no podían ir en cabalgada por mengua de caballos é de otras bestias, que perdieran muchas, é demás, que todas las tierras que tenían cerca de sí eran ya robadas, de manera que non podían hallar qué robasen sino muy léjos, lo que no osaban acometer porque eran pocos, ca bien la tercia parte era menguada de la hueste de los que vinieran primero, los unos que se fueran por miedo que habían ó por mengua de lo que les era menester, é los otros que murieran por armas ó por enfermedad. Por todas estas cosas era la hambre entre ellos tan grande, que non sabian qué hiciesen. E era en tamaño lástima ver la gente menuda, que non comían sino las yerbas, é aun ya estas non las hallaban, que las bestias las habían ya comido; é por ende, morían muchos dellos de hambre, é los que quedaban eran todos finchados, que semejaban drópicos. Donde hobo de ser que un rey de los tahures que había en la hueste, que era caballero, é fuera bueno de armas en su mancebía, é era ya caído en vejez; mas con todo eso, tamaño placer había él siempre en taturerías é en todas aquellas cosas que usan los que viven á su talante, que non quisiera echarse á servir señor ni haber otra soldada, sino vevir siempre con los tahures, é por eso le hicieran cabdillo é rey dellos. E él era grande é fuerte é muy récio, segun su edad, que era bien de sesenta años é mas; é probaba tan bien en aquella hueste, que non hubiera hí ningún buen hecho en que él non se acercase con su compañía; por que le amaban los hombres honrados é le hacían mucha honra, é señaladamente porque les detenía los bellacos é la otra gente menuda que non se fuesen de la hueste; así que, cuanto le daban, todo lo partía con ellos. Mas en aquella sazón, que fué esta gran hambre que vos dejamos, no tenia ninguna cosa que les dar que comiesen; de manera que se hobieron de ayuntar todos los bellacos de la hueste é venieran á él, é dijéronle que les diese qué comiesen, é si no, que le matarían é lo comerían; é trabaron tan de récio dél, que pensó ser muerto, é hobo de hacer con ellos tal convencion que non le matasen, é que les daría un asno que comiesen. E ellos, cuando lo oyeron, hobieron muy gran placer de aquella promesa que les hacía, é dejáronle, é fueron en pos dél é guiólos derechamente á la posada de Pedro el Ermitaño, que era una tienda pequeña en que yacia él en un hieno que le echaran sobre la tierra, é allí estaba siempre muy cuidado, con gran gota que había en los piés; é cuando vió aquella gente, maravillóse mucho, é preguntó al rey tatur qué era lo que querían; é él respondió que aquellas compañías que non tenían ninguna cosa que comer, é por ende, que le venían á rogar que les diese el su asno que comiesen, é despues que se lo pecharían bien. Don frey Pedro, cuando aquello oyó, pesóle mucho é non sabía qué hiciese; ca si les dijese de no, había miedo que gelo tomasen á su pesar, é si les dijese si, que lo co-

merían é no ternía en que andar, é movióles partido que le dejasen su asno, é que les mostraria asaz que comiesen, en manera que harían su provecho é muy gran pesar á sus enemigos. E ellos, cuando lo oyeron, fueron muy alegres, é preguntáronle qué era aquella cosa que les prometía; é él, como era gran clérigo, comenzóles á facer su sermón de cómo nuestro Señor mandara en la nueva ley, por el su apóstol san Pablo, que todas las cosas que hallasen cuando menester les fuese, que las santiguasen é las comiesen; é ellos que hallarían allí mucha carne de aquellos moros que mataban, que podrían comer, que era mucho mas sana que la de los asnos. E tanto les dijo por este lugar, que ellos fueron ende muy ledos; é dejáronse luego correr á los moros que estaban muertos por los campos, é tajábanles las cabezas é poníanlas á una parte, é desmembrábanlos todos, é asaron é cocieron dellos, é hicieron muy grandes cocinas; é aquel rey dellos asentólos á compañías, é dióles muy bien qué comiesen; é tan gran sabor cogieron aquel día en aquellos moros que comían, que non dejaban ningunos de cuantos podían haber, que todos non los comiesen. E adobábanlos con salsas de muchas maneras porque les sopiesen mejor; é desde non los hallaban por el campo, iban de noche á los que soterraban los de la villa, é sacábanlos de las huesas é comíanlos; así que, un día de mañana venieron una gran pieza de los hombres honrados de la villa á ver á un hijo de un almirante que habían soterrado con muy ricos paños á maravilla, é pusieranle á la cabeceira tres mil marcos de oro, é ellos, que venían por hacerle su sepultura muy buena é muy hermosa, hallaron que le habían tomado todo cuanto con él metieron, é demás habíanle todo hecho piezas, é levábanlo para comer; é los bellacos, cuando vieron venir los moros, comenzáronse de acoger contra la hueste. E los moros llegaron á aquel lugar do lo habían soterrado é no lo hallaron; estonce entendieron que aquellos lo levaban, é echaron en pos dellos, mas non los pudieron alcanzar, porque iban muy cerca de la hueste; pero tomaron uno que iba detrás de los otros porque era cuanto cojo, é amenazándole de muerte, preguntáronle por qué hicieran aquello, é él contólo todo, así como de sus oídos. Los moros, cuando esto oyeron, fueron muy espantados, mas no le osaron hacer mal ninguno, é leváronlo al rey de Antioea. E cuando fué ante él, preguntóle qué hombres eran ó por qué hacían aquel hecho. E desde que lo hobo sabido, fué muy espantado, é comenzó á llorar é á hacer muy gran duelo, é dijo así á su hijo é á otros muchos que en derredor estaban: «Señores, agora ved la gran erueza desta gente maldita, que non les abasta matarnos é quitarnos lo nuestro; mas despues que nos han muerto, nos desentierran é nos comen, bien como si fuesen bestias fieras; por que vos ruego que vayádes agora conmigo al muro, é verémos si es verdad lo que este hombre dice.» E cuando esto hobo dicho, fué él é todos los otros que con él estaban, é sobieron en la mas alta torre que había sobre aquella puerta, que era hácia la hueste en aquel derecho do el rey tatur estaba, é paráronse entre las almenas, é vieron cómo los arlotes desenterraban los moros, é los que hallaban frescos comíanlos, é los otros echábanlos

en el río, é estaban comiendo é cantando é haciendo grandes alegrías, diciendo que mala ventura viniese á quien nunca se quejase de hambre mientras que hallasen tal carne que comiesen como aquella que ellos tenían. E sobre eso enviaban sus mensajeros á los hombres honrados de la hueste que les enviaban pan é vino, é ellos que les enviarían de aquella carne bien abasto que comiesen. E tales había que gelo enviaban, é señaladamente el duque Gudufre é Boymonte é el conde de Flándes, estos les enviaron aquel día barriles de vino é vasos de plata con que bebiesen. E Boymonte, que era muy buen compañero de los hombres é mucho amado de todos, fué allá; é el rey tatur é todos los bellacos, que estaban comiendo con él, se levantaron á él á recibirlo, é convidándole que comiese, los unos con grandes espaldas de piernas de moros, é los otros con grandes puestas de los costados dellos, cocidos con salsas de muchas maneras, é los otros cantaban é danzaban, é hacían muy grandes alegrías por la venida de Boymonte. El rey de Antioea é todos los mas de los honrados de la villa que estaban con él, cuando aquello vieron, maravilláronse mucho, é mas de aquel que los fuera á ver; é enviaron allá un moro que supiese quién era; é de que les dijo que era Boymonte, envióle el Rey un mensajero, que le rogaba que se viese con él; é Boymonte otorgólo, si lo toviesen por bien los hombres honrados de la hueste; é sobre eso fué para la Lienda del duque Gudufre, é habló con él é los otros que hí eran, é dijoles de cómo le enviara rogar el rey de Antioea que se viese con él, é preguntóles si lo tenían por bien, é ellos otorgáronlo. E estonce Boymonte vistióse de muy ricos paños, é cabalgó en el mejor caballo que tenia, é levó consigo bien docientos caballeros. E el rey de Antioea, cuando aquello vió, temióse dél é non le osó salir á hablar, é envióle á decir que él estaría en el muro, é que llegase Boymonte cerca é que hablarían en uno. Sobre eso respondió Boymonte que aquello non era razon; mas si miedo había de su compañía, que los haría tirar todos á una parte, é otrosí que viniese él solo, é así que hablarían en uno; mas el Rey dijo que non lo haría. Estonce Boymonte, que se tornaba para la hueste, encontróse con el duque Gudufre, é con el conde de Flándes, é con el obispo de Puy, é con don Yugo Lomaines, hermano del rey de Francia, que venían en sus caballos é muy bien armados, é traían consigo gran compañía de caballeros, é iban contra aquella parte do estaba Boymonte, pensando que los moros le harían alguna traicion. E cuando llegaron á aquel lugar do comía el rey tatur con su compañía, fueron muy bien recibidos de los bellacos, convidádos mucho afincadamente con aquel manjar que ellos tenían, diciendo que nunca comieran cosa que les tan bien supiese; pero querellábanse mucho que no habían abasto de vino con que la comida fuese complida. E sobre eso el buen obispo de Puy les bendijo, riyendo, la carne que comían, é santiguólos muchas veces, diciéndoles que benditos fuesen ellos de Dios porque lo hacían mejor que todos los otros de la hueste. E entre él é todos los otros hombres honrados que hí eran les enviaron luego por vino á sus posadas, é diéronles tanto, que aquel día fueron el rey tatur é su compañía muy

viciosos; é en tanto que ellos en esto estaban, Arquilis, el rey de Antioca, dió muy grandes voces encima del muro, llamando por sus nombres á Boymonte é á don Yugo Lomaines, é rogándoles que tornasen á él, que quería hablar con ellos, é estonce tornaron allá, con voluntad de los otros hombres honrados que allí eran. E el Rey les dijo así: que se maravillaba porque tan mal consejo habian en desenterrar los muertos é desollarlos é comerlos, como si fuesen bestias bravas; é Boymonte le dijo que esto non lo hacian ellos ni era por su consejo; mas aquel que lo hacia, que era uno que acabillara la gente baldía, é llamábase rey de los arlotes, é que no eran hombres que se acabillasen por otro ninguno sino por aquel; pero que todos ellos vinieran por salvar sus almas, así como todos los otros que eran en la hueste; é que tan gran voluntad habian de las salvar, que no tan solamente mataban los moros, mas comíanlos, despues que los habian muerto, por do quier que los hallar podian, tan bien los que yacian soterrados como los otros que hallaban de fuera; é tan gran gana habian tomado de aquella carne, que decian que nunca comieran cosa que les así supiese. Cuando esto oyó el rey de Antioca, si ante habia miedo, hóbolo entonces muy mayor. Mas, por encobrirse de los moros que hí estaban, que gelo no entendiesen, comenzó á mover partido á Boymonte é á Yugo Lomaines cómo quería haber treguas con los cristianos de quince dias; é en este comedio que se verían en uno é hablarían de muchas cosas, é señaladamente sobre que él tenia preso un rico hombre, que habia nombre Rinalt Porcelet, é ellos, otrosí, que tenian un almirante, que era su sobrino, é que seria bien, si ellos quisiesen, de dar el uno por el otro, segun las posturas que ellos pusiesen entre sí. A esto respondieron Boymonte é don Yugo Lomaines que les placia mucho, mas que ante se acordarian con los otros hombres honrados de la hueste si lo tenian por bien; é el Rey respúsoles, é dijo que le placia. É estonce ellos fuéronse á acordar con los otros, é el acuerdo fué atal, que en todas maneras punnasen de haber á Rinalt Porcelet por trueco ó por haber, de cualquier manera que pudiesen. Las treguas fueron dadas de los quince dias, é otorgadas é firmadas de ambas partes. Mas el obispo de Puy, que se dolia mucho de la prision de Rinalt Porcelet, envió decir al rey de Antioca que sin verle una vez ante vivo, que nondarian ninguna cosa por él; é él dijo que gelo mostraria, é que le mostrasen otrosí á su sobrino. Respondiéronle ellos que el sobrino que gelo mostrarian; empero que la tregua que gela non darian mas de por cuatro dias, ca en tanto tiempo bien podrian hablar lo que quisiesen. É esto les otorgó el rey de Antioca en tal manera, que los cristianos no entrasen en la villa, ni ellos no fuesen á la hueste. Sobre eso, el obispo de Puy mandó armar una tienda en un prado, en derecho de una peña mucho alta, que estaba cabe el muro de la villa, hácia la parte do posaba Boymonte. Aquella peña era llana encima, é habia sobida de la parte de la villa, por do sobian los moros é velábanla de noche bien como á torre. Allí hizo venir el rey de Antioca á Rinalt Porcelet é á dos moros, que lo llevaban por una cadena de dos ramales, é cada uno dellos levaba el ramal en la mano siniestra, é

un azote en la diestra; é el Rey paróse en una torre que estaba cerca de aquella peña, por oír lo que dirían. É todos los hombres honrados de la hueste vinieron á entrar en aquella tienda que mandara hincar el obispo de Puy, é muy gran parte de la otra gente, que hobieron muy gran placer cuando oyeran decir que Rinalt Porcelet era vivo, pensando que gelo darian por el moro; é don Yugo Lomaines, que tenia el moro en poder, envió por él é trájéronle á la tienda; é estonce dijo Boymonte al rey de Antioca que allí tenia el moro; que les diesen á Rinalt Porcelet é á sus hijos, é que gelo darian; é él dijo que él quería ante ver si era vivo, é eso mesmo dijeron ellos por Rinalt Porcelet é por sus hijos; é sobre eso acordaron que saliese el Rey con treinta caballeros, é ellos que irían con otros tantos, é que llegasen los presos, é desta guisa los verían é harían el cambio, é ellos otorgáronlo. É estonce el rey de Antioca paró mientes, é vió la hueste de los cristianos muy grande á maravilla, é tamaño fué el pesar que hobo, que non se pudo tener que no llorase muy de récio, maldiciéndolos é rogando á Mahoma que los destruyese; pero, con todo eso, mandó traer su caballo é cabalgó bien con quinientos caballeros, é hizo bien á diez mil peones partirse por el muro é por la barbacana, é dió á Rinalt Porcelet una mula muy buena, en que cabalgase, ensillada é enfrenada muy ricamente; é á él hizo vestir de paños de seda muy ricos, é desta guisa lo levó consigo á la vista. Mas los cristianos, que levaban al almirante, non lo hicieron tan apuestamente, ante le levaron vestido de un gambax roto é todo ensangrentado, en que estaba aquel dia que lo prendieran, é desnudáronle de muy ricas armas que traía vestidas, é demás hicieron otra cosa, que pesó mucho á su tío cuando lo vió, que le subieron en una acémila, sobre una albarda muy vieja é muy mala, é descalzo, é la cabeza envuelta, é la barba mesada en muchos lugares, é atal lo levaron á la vista; é fué tal concierto puesto entr'ellos, que los cristianos hablasen con Rinalt Porcelet, é el rey de Antioca con su sobrino. Mas ante que esta habla se ayuntase, les dijo el Rey que le diesen su sobrino, é que les daria á Rinalt Porcelet é á sus hijos é á una gran parte de su tesoro, é sin esto, bien trecientas bestias, cargadas de vianda, é que les haria aun mayor partido: que á la sazón que hobiesen ganado á Hierusalén, que él les daria la cibdad de Antioca, é entre tanto que la ternia por ellos; é sobre esto tantas buenas palabras les dijo é tan homildes, que todos los hombres honrados que hí eran se acordaron á ello los mas. Mas el duque Gudufre, á quien no placia, respondió así muy sañudamente que esto non sufriria él por ninguna manera; que ahora, que ellos tenian á Antioca como por ganada, que diesen plazo porque despues se les parase peor, ca bien sabian ellos que todos los moros eran acordados de la venir á acorrer con muy gran poder de gente, é otrosí con mucha vianda, con que la querian bastecer, é que los moros que eran en ella á esa sazón estaban muy fatigados de hambre, de guisa que non tenian ninguna cosa que comiesen; é demás, que la hueste de los cristianos menguaba cada dia, é los unos se iban á hurto é los otros públicamente, porque estaban muy enojados, lo uno, por la hambre que ha-

bian, é lo otro, porque habia muy gran tiempo que eran en aquella cerca; por lo cual no le parecia razon que á todos estos peligros diesencamino por do creciesen mas; ante que debian punnar en quitarlos cuanto mas pudiesen; é por ende, que non le parecia que aquel partido era bueno que el rey de Antioca les traia, é maguer que ellos todos se acordasen en lo hacer, que él lo contradecia; así que, por ninguna manera non seria en lo hacer. Cuando los otros esto oyeron, concedieron con lo que el Duque decia, é non quisieron otorgar en aquel concierto; é dijieron al rey de Antioca que trujese á Rinalt Porcelet é á sus hijos, é ellos que traerian á su sobrino, é que hablasen con ellos; é él hizolo así; é los moros que traian á Rinalt Porcelet eran cuatro, los dos le traian por las riendas, é los otros dos le traian de la una parte é de la otra, porque non cayese de la bestia; que él habia muy grandes siete llagas, de que no podia guarescer por ninguna manera; é por esto le hizo el Rey vestir de muy ricos paños é lavar la cabeza, porque non entendiesen los cristianos cuánto mal herido era, cuidando que le darian algo por él. E cuando lo vieron el duque Gudufre é los otros hombres honrados que hí eran, quisieran ir á abrazar; mas los moros que lo traian non gelo dejaron hacer, antes les dijieron que aquello que le quisiesen decir que gelo dijiesen de léjos; que trujamanes habia que gelo harían entender. Mas Boymonte de Pulla, cuando lo oyó, fué muy sañudo, é dijo al rey de Antioca que bien entendia que les andaba con engaño, pues que él se guardaba que non viesen á Rinalt Porcelet ni hablasen con él en su cabo; lo que no fuera puesto en la tregua. Mas, pues que él aquello hacia, que se tornase para su villa, é ellos que se tornarian para su hueste, é que de allí adelante cada uno hiciesen lo que mejor pudiese. Cuando esto oyó el rey de Antioca, hobo muy gran miedo que los cristianos habrian gana de le hacer mal por la sospecha que habian dél que les andaba con falsedad; é lo otro, por el sobrino que habia miedo de perder, que era una de las cosas del mundo que él mas amaba; é por ende, otorgóles que hablasen con Rinalt Porcelet cuanto quisiesen, é dejasen á él hablar con su sobrino. É desde que el pleito fué firmado, los que salieron á hablar con Rinalt Porcelet fueron el duque Gudufre, é don Yugo Lomaines, é el obispo de Puy, é el obispo don Juan, que ya oistes, é Boymonte, é Tranquer, é el conde de Tolosa, é el conde de Flándes, é el conde de Bretaña. Estos preguntaron á Rinalt Porcelet cómo le iba, é á sus hijos si eran sanos de las heridas que hobieran, ó qué prisiones les daban, ó si los querian dar por haber é por cuánto; é todo esto lo conjuraron muy afincadamente que les dijiese la verdad. É él respondiós, llorando muy de récio, que non habian por qué lo conjurar; que toda la verdad les diria, como quier que sabia que les pesaria mucho de que lo supiesen; é por ende, que les hacia saber que non era sano, ante era muy mal llagado de cinco llagas ó de seis, tales, que por la menor dellas non podia vivir hasta dos meses por ninguna manera; é demás, que á su sobrino le habian muerto, é sus hijos le tenian presos, á quien amenazaban de cada dia de les cortar las cabezas si non se tornasen moros; é por él pedian tanto dinero, que cuan-

to ellos tenian en la bueste non lo podrian cumplir; lo cual no debian dar maguer lo toviesen; que él no podia guarescer en ninguna manera, por maestro que hobiese, ni tampoco sus hijos; é demás, que él no viniera á aquella tierra sino por servir á Dios é por morir en su servicio; é por ende, que les rogaba mucho que todos los otros partidos dejasen éstar, é punnasen en ganar á Antioca, é que esto podian hacer muy ligeramente, que todos los mejores hombres de la villa eran muertos, los unos de armas é los otros de enfermedades, é que non tenian qué comiesen, sino muy poco que tenian los hombres honrados, é que non querian dar á los otros ninguna cosa; así que, era la hambre tan grande entre ellos, que la gente menuda se comian unos á otros; que para cien almenas no habia un hombre que las guardase, é aquellos que se paraban entre ellas, que semejaban hombres, que non eran sino los cuerpos de los muertos, que ponian porque pensasen que eran vivos; é demás, aquellos que oían velar de noche, que los mas dellos no eran sino mujeres é niños, porque creia que su hecho mas cerca lo tenian de acabado que ellos non pensaban. Estas palabras é otras muchas dijo Rinalt Porcelet á aquellos hombres honrados con quien estaba en habla, que habian dél gran pesar é lástima de que le oían decir que era tan mal llagado, é de otra parte, habian muy gran placer de cómo les hacia entender que habian ahina á Antioca; é en tanto que ellos así estaban hablando, el rey de Antioca fué á su sobrino é abrazólo, é lloró mucho con él, é comenzó á preguntar de su hacienda, prometiéndole que cuanto haber demandasen los cristianos por él, que todo lo daria. Mas él díjole que lo non hiciese, ca todo cuanto haber diese por él, que todo lo perderia. Estonce mostróle las heridas que traía, é tan grandes eran, que por ninguna manera non podría vivir ocho dias. Cuando el rey de Antioca esto vió, hobo tan gran pesar, que hobiera á caer del caballo en tierra; lo uno, porque veía que su sobrino non podia vivir, é lo otro, porque tenia que los cristianos gelo mostraran d'aquella forma como estaba por hacerle pesar é por levar algo dél; é sin esto, llególe otro mensaje, que le acrecentó mas en la saña, que el rey de los bellacos prendiera un moro de los mas honrados de la villa, porque lo hallaran que bebia del agua del rio cerca de la hueste; é otrosí, que los tahures, sus vasallos de aquel rey, desenterraran un hijo de un almirante é que lo estaban comiendo. Él, cuando esto oyó, hobo tan gran pesar, que, si poder hobiera entonces con que matase todos los cristianos, ninguna tregua non fuera tenida; mas despues que vió que no podia, fizo llamar á Boymonte, é díjole que asaz habian hablado cada uno dellos con sus amigos, é que era ya tarde; é por ende, que era razon que ellos se tornasen para su hueste con su preso, é él que se tornaria para la villa con el suyo, é que acordarian cada uno lo que hiciesen otro dia. Esto hacia él porque queria matar á Rinalt Porcelet é á sus hijos por venganza de su sobrino, que entendia que no podia guarescer; pero ante envió un mensajero á Boymonte, como en manera de achaque porque le quebrantara la tregua que pusiera con él, que la compañía del rey de los tahures habian prendido un moro mucho honrado de la villa,

porque lo hallaran bebiendo agua del río cerca de la hueste, é otrosí, que desentarraran un hijo de un almirante é que le comieran. A esto respondió Boymonte que le pesaba mucho, mas que non sabia ende nada; pero que enviaria luego allá, é que le haria luego dar aquel que tenían preso, é lo demás, que gelo haria emendar como él quisiese. De todo esto non fué pagado el rey de Antioca; ante entró en su villa muy sanudo, é hizo cerrar todas las puertas. Esto podía ser despues de mediodía, é desque fué en su alcázar é hobo comido, mandó dar de comer á Rinalt Porcelet é á sus hijos allí ante él, é dijoles cómo los cristianos los habían desamparado é no los querían quitar; é por ende, que les aconsejaba que se tornasen moros, é si lo hiciesen, que les daría muy grandes tierras por heredad, é á cada uno dellos haria señor de mil caballeros, é que les daría mujeres mucho honradas é con muy gran riqueza, é que los haría mas ricos de haber que hombres hobiese en su tierra; é sin esto, que á Rinalt Porcelet tomara por su consejero, é á sus hijos, que los haría sus compañeros é de su partido, que desta manera pensaba por ellos cobrar la pérdida que había habido de dos sobrinos é de un su hijo; é si esto non quisiesen hacer, que él les haría dar tan cruda muerte, porque en la pena dellos alguna cosa vengaría de la fatiga é lástima que tenía en su corazón. Cuando Rinalt Porcelet é sus hijos oyeron esto que el rey de Antioca les decía, respondieron mucho esforzadamente, que ellos non vinieron á aquella tierra sino por ensalzar la fe de Jesucristo é morir por ella; que esta muerte cobdiciaban ellos mas que ningun bien que les pudiese venir; que por allí creían ciertamente que eran salvos de los pecados que ficeran, é que irían derechamente á paraíso. Cuando esto oyó el Rey, fué muy sanudo, que mas no lo podría ser, é hizolos luego desnudar, é mandóles dar tantos de azotes, que todos los cueros de las espaldas é de los costados los quitaron, é quisíeralos desta manera matar, sino porque le aconsejaron moros muy sabidos que estaban con él que non lo hiciese, mostrándole que non podía haber por ellos venganza del mal que había recebido; é sin aquesto, que los perdería de su servicio, ó muy gran haber que le darian por ellos. El sobre esto tovose por muy bien aconsejado, é mandóles luego levar á la pena que estaba en derecho de la hueste, do los subieran otra vez, é hizolos desnudar á vista de los cristianos, é mandó á un latino que dijese á grandes voces á los cristianos si querían quitar á Rinalt Porcelet é á sus hijos; si no, que los mandaba el Rey matar. Cuando esto oyeron los cristianos, hobieron muy gran placer, é vinieron muy corriendo mucha gente de la hueste; é de los hombres honrados que llegaron primeramente fueron el obispo de Puy é el conde de Tolosa, é despues llegaron el duque Gudufre é don Yugo Lomaines, é el conde de Flándes é una gran parte de los otros. Boymonte llegó á la postre de todos los otros, porque se detuviera por enviar al rey de Antioca el preso que habían tomado los bellacos; é despues, cuando llegó hí, fueron ayuntados todos; el moro comenzó á dar voces, é dijo así como había dicho de ante; é estonce el Obispo preguntóle si estaba hí Rinalt Porcelet é sus hijos, é los moros les hicieron que respondiesen que sí, é ellos

les dijieron que si los moros los quisiesen dar por haber, que él les haria dar siquiera la terea parte de lo que había en la hueste. Rinalt Porcelet, cuando esto oyó, comenzó á dar grandes voces, que él non queria ser quite, ni había menester que diesen por él ningun dinero, que todo lo perderian, porque él de cada día esperaba su muerte; é que supiesen que los moros non los enviaban allí sino pensando que les darian muy grande dinero por él é por sus hijos; mas que les rogaba que esto non hiciesen en ninguna manera, é que le dejasen tomar martirio por Dios, que por eso viniera él de su tierra allí. Cuando esto oyeron los cristianos que ahí estaban, comenzaron á llorar muy de récio. Mas los moros que guardaban á él é á sus hijos, desque entendieron esto que él decía, tiráronlos por las cadenas tan de récio, que dieron con ellos en tierra sobre la peña, é comenzáronlos á rastrar hasta que los levaron ante una torre, do estaba el rey de Antioca, que era cerca de aquella peña; esto fué el primero día del mes de mayo en la era que dicha es. É despues que los trujieron ante el Rey mal trechos, é todos allí como desollados de que los levaron rastrando por sobre las piedras, el Rey llamó á cada uno dellos por su nombre, é dijoles que bien veían ellos que no había sino morir, é que desto no los podría quitar ninguna cosa, sino si se quisiesen tornar moros; pero, si lo quisiesen hacer, que nunca trato les prometiera que aun mas no les hiciese. Ellos respondieron que muchas veces gelo habían dicho que esto no harían por ninguna manera; que por mejor tenían el martirio que les él mandaria dar por Dios que el bien que les él prometía. El Rey, cuando esto oyó, fué muy sanudo é mandó llamar á doce moros que traían sendos azotes, que eran añudados; hizoles dar tantas heridas con ellos, hasta que les desollaron aquel poco de cuero que les quedara, é de la carne una gran parte. Cuando esto fué hecho, mandólos poner en unas tablas grandes cuadradas, é extendidos en cruz. Así estando, les hizo sacar los nervios de los brazos é de las piernas; é cuando vió que por esto no morían, mandó á los arqueros que les tirasen, é metieron en ellos tantas saetas, que ninguna cosa dellos no parecia ante ellas; pero, con todo esto, no cesaban siempre de loar á Dios, agradeciéndole el bien que les hacía en querer que aquel martirio sufriesen por él, diciendo así: que muy poco era aquello que ellos sufrían en comparacion de lo que él sufriera por ellos. É despues desto, mandóles dar fuego, é en ardiendo, comenzaron á cantar *Te, Deum, laudamus*; é antes que muriesen, vieron todos los de la hueste sendas palomas blancas que les salían de las bocas é iban volando contra el cielo. Grande fué el lloro que los de la hueste hicieron cuando vieron morir á Rinalt Porcelet é á sus hijos de tan cruda muerte como habeis oido; pero de otra parte hobieron placer; que creían ciertamente que las almas dellos eran en paraíso. Mas, sobre todos los llantos, era mayor el que su mujer hacia; que esta se mesaba los cabellos é rascaba las faces, é andaba dando voces como loca, é iba á las tiendas de los hombres buenos, é trababa dellos é mórdialos é rompiales los paños, diciéndoles que por su culpa fueran muertos su marido é sus hijos, porque no los quisieran quitar, é

que jamás no se podrían salvar de aquella traición que habían hecho hasta que se armasen é fuesen á la villa é la entrasen por fuerza, é matasen á todos cuantos en ella había, en venganza de su marido é de sus hijos. Tan doloridamente decía estas palabras, que por fuerza habían de llorar con ella todos los que la oían. En tanto que la dueña hacia su sentimiento, así como habeis oído, Arquillis, rey de Antioca, cuyo corazón no podía salir de muy gran saña que había contra los cristianos, no se tovo por vengado de la muy cruda muerte que diera á Rinalt Porcelet é á sus hijos; mas cabalgó por la villa, é cuantos cristianos cativos halló hí, tomólos á todos, los unos por compra, é los otros por fuerza, é fueron bien mil é seletientos. Desque los hobo todos así ayuntados, hizolos todos subir en unas peñas mucho altas, donde los veían todos los de la hueste, é mandólos azotar mucho, é mas, hizoles dar grandes tortijones por los costados tan récio, que todo cuanto tenían en los cuerpos les salía fuera; é despues hizoles tajar las cabezas é mandó quemar los cuerpos dellos. Mas ante que muriesen, comenzaron todos á cantar á muy grandes voces *Te, Deum, laudamus*. En tanto que ellos cantaban, descendió sobre ellos una gran nubada de palomas blancas, é fué tan grande el viento que trujieron con las alas, que el fuego en que los quemaban, maguer que era muy fuerte é muy grande, todo lo deramaron; é esta cosa tovieron los moros por muy gran maravilla; así que, algunos de los que allí hobo se arrepintieron de manera, que se tornaron cristianos, si osaran. Mas Arquillis, el muy crudo rey de Antioca, luego que esto hobo hecho, mandó tomar las cabezas dellos é hizolas echar en los engeños contra la hueste, é mandó armar á todos los de la villa, que saliesen á los cristianos allí do ellos viniesen á coger las cabezas, é que los matasen. Grande fué el sentimiento que todos los cristianos hicieron cuando vieron aquello, porque los unos hallaban las cabezas de sus padres, otros de sus hijos, otros de hermanos y parientes, cada uno como los había, las mujeres, otrosí, de sus maridos; é tan grande era el llanto que por toda la hueste hacían, que no había lugar en que no diesen voces é que no llorasen. En tanto que los cristianos esto hacían, tañían los moros muchos atambores é trompas é añafles, é hacían muy grande alegría. Mas Boymonte, que era sábio en guerra é había guerreado con ellos mas que los otros, entendió que algun daño les querían hacer, é estonce habló con los otros hombres honrados; é mandaron que se armasen todos, é en tanto que ellos se armaban, vino el obispo de Puy é comenzóles á decir que se dejasen del llanto, que no era para ellos, mas que tomasen todas las cabezas é las ayuntasen, é que las hiciesen bendecir é las soterrasen, é despues que punnasen en los vengar. Todos los de la hueste, cuando esto oyeron, fueron muy ledos, é hicieronlo así; é desque las hobieron soterrado, la primera venganza que hicieron fué que tomaron cuantos moros cativos había en la hueste, é cortáronles las cabezas é hicieronlas poner en los engeños, é echáronlas en la villa; é esto duró bien fasta el mediodía, que nunca otra cosa hicieron sino echar cabezas con los engeños los unos á los otros. Mas el obispo de Puy les dijo que lo dejasen,

mostrándoles que no era aquello venganza de que ellos hobiesen cumplimiento; é ayuntó los hombres honrados á la tienda del duque Gudufre, é dijoles que de otra manera le parecia que se habían de vengar de los muertos, ca no en llorar ni en tirarse las cabezas de los moros los unos á los otros. Sobre estas palabras hobieron su acuerdo que otro día de mañana se armasen é parasen sus haces, é que fuesen derechamente á la villa; é si los moros saliesen á pelear con ellos, que estonce tomasen venganza de aquel mal que les habían hecho; é si no lo quisiesen hacer, que estonce el conde de Tolosa hiciese el castiello cabe la puente, así como lo habían ordenado; é de aquella manera que lo habían acordado, así fué hecho. Otro día pararon sus haces é fueron derechamente para la villa. Mas los moros, cuando así los vieron, non osaron salir á ellos, ante cerraron muy bien las puertas de la villa, é paráronse por las torres é por los muros, é comenzáronles á tirar saetas é piedras.

CAPITULO LXI.

Cómo el conde de Tolosa hizo hacer el castiello con ocho colgadizos.

No cesaron los caballeros cristianos hasta que levaron al conde de Tolosa á aquel lugar do habían de hacer el castiello, é todos los honrados de la hueste diéronle caballeros que estuviesen con él hasta que lo hobiese hecho; é el Conde, como era de buen corazón é de grandes hechos, dió muy crecidamente de su dinero á caballeros é á escuderos ataviados de caballos é armas, é á ballesteros é arqueros, é á otros hombres de pié, que estuviesen hí con él; que fueron bien cuatrocientos hombres á caballo é mil quinientos peones á quien daba cada día salario, é también pagaba muchos é grandes jornales á oficiales é obreros de carpintería é albanies; los unos hacían la cava, é los otros labraban el muro é las torres del castiello; otrosí, á los que hacían la cal é á los que dolaban la madera para hacer los cadahalsos encima de las torres; é en tal manera acució la labor, que en seis semanas fué fecho todo el castiello, é hobo en él ocho torres, é los cadahalsos puestos encima, allí do convenían, todo aderezado de lanceras é saeteras, é de todas las otras cosas que habían menester para defenderse. Cuando fué todo hecho, el conde de Tolosa non quiso hí tener otra compañía sino la suya, nin quiso menguar de tanta cuanta tenía en la hueste, como quier que gran costa se le hacia; por esto le hizo Dios muy gran ayuda, que allí do hacían la cava, que había bien dos astas de lanza en ancho é otras dos en hondon, hallaron monumentos de hombres muertos, que parecia que fueran hombres honrados; é dellos había que yacían armados, otrosí había otros que tenían muy gran riqueza de oro é de plata; é destes monumentos hallaron muchos, de manera que el conde de Tolosa hobo de allí muy gran haber é muchas armas, que le aprovecharon mucho para aquel hecho; é guióle nuestro Señor de manera, que despues los moros nunca osaron salir por allí, como solían.